

No puede menos de estremecer el pensamiento de lo que sería el mundo si el Humanismo pudiese hacer que madurasen sus frutos en todas partes; si, en otros términos, produjese muchos genios á quienes pudieran aplicarse las palabras de Fídipido en las *Nubes* de Aristófanes: «¡Qué agradable es poseer esas ingeniosas invenciones nuevas y poder burlarse de las leyes establecidas! Cuando no pensaba más que en caballos, no era capaz de decir tres palabras seguidas sin equivocarme; pero ahora que me ha transformado el maestro, y que vivo en trato con pensamientos sutiles, con razonamientos y meditaciones, creo poder demostrar que hice bien en golpear á mi padre». (1)

(1) Aristófanes, *Nubes*, 1399 y sig.

## CONFERENCIA XII

### OJEADAS Á LA MUERTE

1. El ardiente deseo de la muerte es una prueba de la miseria humana.—En el Campo Santo de Pisa se puede admirar el célebre cuadro que ordinariamente se llama *el Triunfo de la muerte*. La cosecha que allí hace el ángel de la muerte es muy abundante y muy rica; durante los siete años de fertilidad no hicieron seguramente una semejante los egipcios. Emperadores y religiosas, bandidos y papas, reinas y sabios, caballeros y monjes, yacen en confusa mezcla segados por él. Acaba de entrar en una corte de amor para aplacar allí su insaciable sed de matanza. Allí están joviales compañeros con el halcón en la mano: libres de cuidados, halagados dulcemente por los acordes de las arpas, pasan el tiempo en charlar y discretear con las hermosas damas, que con un perrito en el regazo, escuchan las dulces frases, recibiendo el tributo de amor que les parece debido. Jamás pensaron menos que en aquel momento en la brillante hoz de la muerte, suspendida ya sobre sus cabezas. El terrible segador no olvida ni exime á nadie. Sólo un miserable ciego cansado de la vida está allí esperándola con impaciencia; solo un mendigo, cubierto de úlceras y sostenido por unas muletas, tiende en vano sus manos descarnadas hacia el exterminador que huye; pero éste le deja friamente entregado á su desgracia.

¡Qué horrible parece esa cosecha entre los felices de la vida! Y cuánto más horrible que hombres, hermanos de esos felices, hayan llegado hasta suspirar por la venida

del terrible segador! Esta sola idea hace estremecer todas las fibras de un sano temperamento. <sup>(1)</sup>

Durante la gran revista que Jerjes pasó á orillas del Helesponto, el déspota rompió de pronto á llorar. Súbitamente le había ocurrido el pensamiento de que al cabo de cien años no quedaría de aquel ejército, ni uno solo de tantos guerreros, alegres y llenos de vida, la flor de toda el Asia. Y aun hay, le respondió su tío Artaban, otro pensamiento más doloroso: entre cuantos aquí están, más aún, entre cuantos en la tierra existen, no hay nadie bastante feliz para no sentir más de una vez el deseo de ver abreviada esta vida tan breve. Sí, la desgracia y la enfermedad, de tal modo turban nuestra existencia, que la vida, aun cuando es corta, se nos hace demasiado larga; y siéndonos ya molesta, llamamos á la muerte, y acusamos á Dios como si hubiera hecho mal queriendo que gustáramos las dulzuras del mundo. Tienes razón, respondió Jerjes; pero imágenes más risueñas se presentan á nuestra vista; dejemos, pues, esa conversación tan triste. <sup>(2)</sup>

**2. No siempre se conoce la miseria de la humanidad.**—No le era difícil al rey de Persia recrearse con más agradables ideas. Vivía como viven los poderosos. ¿Qué sabía él de la miseria que aflige á la humanidad? En su palacio no trataba más que con las mujeres á quienes se permitía verle. Ante ellas se arrodillaba llorando, pronto á satisfacer todos sus caprichos: <sup>(3)</sup> este fué probablemente el único cuidado que tuvo. En sus viajes le daban una tablilla para que se entretuviese escribiendo ó dibujando, y procuraban que nada viese capaz de arrancarle á la negligente ignorancia en que vivía acerca de los males que afligían al pueblo. <sup>(4)</sup> Por lo demás, ¿quién tendría ánimos para presentarse afligido á la vista del tirano que ordenaba se azotara al mar porque había tenido la audacia

(1) Theopomp., *Fragm.*, 77 (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, I, 291). Clem. Alejandr., *Strom.*, 6, 2, 21.

(2) Herodot., 7, 45-47.

(3) Herodot., 9, 7, 34.

(4) Ælian., *Var. hist.*, 4, 12.

de destruirle un puente? <sup>(1)</sup> Una vez trató alguien de hacerle comprender que los demás hombres experimentaban también el sufrimiento y el dolor; fué el rico Pitio de Lidia. Creyó que después de haber dado hospitalidad al rey y á todo su ejército sacrificando su fortuna, podía con justicia pedir, como alivio de su vejez, uno al menos de los cinco hijos que habían arrancado de sus brazos para enviarlos á morir. Por toda respuesta, Jerjes ordenó se buscara en el ejército al primogénito de Pitio, le hizo abrir de arriba á abajo, y ordenó que el ejército desfilara entre los dos trozos del cadáver, á fin de que todos supiesen de una vez para siempre cuán peligroso era turbar la alegría del déspota con un deseo que le recordaba el dolor. <sup>(2)</sup>

Se comprende perfectamente que solo imágenes de la felicidad se ofrezcan á la vista de un príncipe, que no manifiesta sensibilidad por nada, como no sea por un plátano hermoso, <sup>(3)</sup> y que, como los reyes de Etiopía, vive encerrado en su palacio al que nadie tiene acceso. <sup>(4)</sup> Pero el mundo no es un regio jardín de delicias prohibido á los mendigos y á los leprosos: en el corto trayecto que hizo Gotama para ir á su parque Lambini, encontró tantos viejos, enfermos y mendigos abatidos por la miseria, que huyó de palacio, <sup>(5)</sup> y se convirtió en Buda, el fundador de la religión que conocía el sufrimiento, mas no el consuelo. Josafat, á quien su padre encerrara en el palacio para evitarle la vista de los desgraciados, de la enfermedad y de las lágrimas, <sup>(6)</sup> apenas trabó conocimiento con el mundo, sintió su corazón conmovido por ellas hasta tal punto, que tuvo bastante fuerza y energía para admitir la verdad cristiana y cambiar el trono por la mortificación del eremita en el desierto.

Nuestros historiadores de la civilización que, en fuerza

(1) Herodot., 7, 35.

(2) *Id.*, 7, 38, 39.

(3) Ælian., *loc. cit.*, 2, 14.

(4) Estrabón, 17, 2, 2.

(5) Max Müller, *Chips*, I, 209 y sig. (*Essays*, I, 184 y sig.).

(6) Juan Damasc., *Barlaam et Josaphat*, c. 5 (Migne, III, 890).

de ver crímenes y locuras, nada loable saben contar acerca del hombre, apenas encuentran un solo momento para prestar atención á la miseria del género humano y sus causas, fijándola en todas esas invenciones de pelucas, jabones, pasteles de hígado de pato y reverberos, invenciones según las cuales acostumbran á considerar el progreso y el valor de la civilización. Lo que mejor ocasión les suministra para hablar de tiempos felices, es cuando un poderoso conquistador ha levantado un imperio nuevo, hollando el trabajo civilizador de todo un siglo; cuando el gusano roedor de la duda lanza un espíritu agitado á hacer un viaje de exploración ó una expedición aventurera; cuando algunos millonarios oscurecen á todo un pueblo con su lujo.

La verdadera historia usa un lenguaje enteramente diverso; pero pocas veces puede hablar: la pobreza, lo mismo que la virtud, no escribe su historia. Los consumidos por el hambre en las chozas, los roídos por la fiebre y la miseria sin que se les socorra, no ocupan con la abundancia de sus lágrimas y suspiros la atención de los estadistas. El secreto mal del corazón, el estertor de la agonía, no dejan vestigios en el aire. El que no pasa de la brillante superficie, el que no se toma el cuidado de buscar la miseria oculta, vivirá en perpetua ilusión acerca del verdadero estado de la humanidad.

Por esto no se ha escrito nunca su verdadera historia. Se examina algo la miseria exterior, mas ¡cuán poco vale comparada con el invisible mal del corazón! Se ha calculado que cada cinco años por lo menos hay una epidemia y cada siete una carestía que asuelan uno de los países conocidos de la tierra. <sup>(1)</sup> El Imperio de los Califas, felices, voluptuosos, inmensamente ricos, no ha tenido, durante 377 años, del 638 al 1015, menos de 56 de penuria, peste ó hambre; por consiguiente, un año de miseria cada siete, sin contar los de guerra. <sup>(2)</sup> ¡Qué cifras pro-

(1) Malthus, *Volksvermehrung* (deutsch von Hegewisch), I, 257 y sig.

(2) Kremer, *Culturgeschichte des Orients*, II, 490-492.

ducirían otros tiempos y otros países menos brillantes si se quisiese estudiar sus días de calamidad! Y ésta, como dijimos, es la más fácil de tolerar; más si tuviéramos en cuenta la que no se registra, porque no es posible, nos veríamos como Jerjes obligados á apartar de ella nuestro corazón, no porque tengamos ante la vista objetos más risueños, sino porque no podríamos sufrir tanta miseria.

**3. La decadencia física de la humanidad consecuencia del pecado.**—Como dice un antiguo proverbio repetido á menudo, el mundo es un hospital. En los corredores, en las salas de un hospicio de incurables, encontramos casi siempre lisiados y formas humanas que inspiran compasión, raras veces seres en quienes no se perciban los signos precursores de una muerte lenta. Si recorremos las calles y plazas de nuestras poblaciones, sacaremos la impresión de que las enfermedades de languidez y caquexia han venido á ser casi estado natural y ordinario.

En esto se ha ido tan lejos, que hubo tiempo en que se consideraba como un honor distinguirse á los ojos de un prójimo, con el que no se podía competir en hermosura y fuerza, á lo menos por achaques y deformidades horripilantes. Moisés é Isaías afirman ya que en Judea las mujeres se esforzaban en hacerse interesantes por su delicadeza y por un andar tal, que á cada momento se temía que cayesen. <sup>(1)</sup> En la antigua Roma, hombres y mujeres habrían sentido una mortal vergüenza de ser como Dios los creó. Por eso se embadurnaban la cara con manchas horribles, <sup>(2)</sup> procuraban rivalizar en talle con las avispas; <sup>(3)</sup> y calzados con elevadísimos zapatos, daban pasitos á modo de gentes que padecen de calambres en las piernas ó de gota. <sup>(4)</sup> Los tiempos modernos no son mejores desde este punto de vista. No hace aún mucho tiempo en-

(1) Deut. XXVIII, 56. Is., III, 16.

(2) Plinio, *Ep.*, 6, 2. Marcial, 2, 29, 9, 10.

(3) Boettiger, *Kleine Schriften von Sillig*, (2) III, 60, 74.

(4) *Ibid.*, III, 69 y sig.

tre nosotros, el más insensato y cruel de los tiranos, la moda, exigía, para admitir á cualquiera en la buena sociedad que se desfigurase el rostro con pústulas artificiales; esta invención hubiera podido encontrar dificultades, pero se dió á estas pústulas el nombre de granos de belleza, y tuvieron gran aceptación. Además, se mezclaba con los alimentos vinagre y cal, se ajustaba el cuerpo en crueles instrumentos de tortura, y todo eso por considerar el cuerpo humano, naturalmente vigoroso, como cosa grosera, y el buen color de las mejillas, como propio para embellecer únicamente á las aldeanas. Heine debió de vivir en una época en que era señal de distinción el ser raquíptico, puesto que habla con irónico desprecio de la salud del pueblo.

No hay duda de que estas deformidades intencionales pueden considerarse como la cosa más superflua del mundo, porque ¿dónde están los hombres en los que la obra de Dios haya permanecido intacta sin haberla desfigurado al menos con algún defecto? Si consultamos un atlas etnográfico, nos convenceremos de que hay en la tierra criaturas humanas que más bien se tomarían por animales salvajes que por seres semejantes á Dios; tales son los Hottentotes, los Nucheos, <sup>(1)</sup> los Mukankales ó Kassequeles, <sup>(3)</sup> los Kitisches, <sup>(2)</sup> los habitantes de las islas ecuatoriales. <sup>(4)</sup>

Á consecuencia de un error inventado de propósito, y al cual se aferran con obstinación, se descubre á través de todas las obras de nuestros historiadores de la civilización el principio de que estas deformidades son la expresión primera y verdadera de su raza y hasta de la humanidad. Pero si, por no citar más que un ejemplo, viajeros, dignos de todo crédito, encuentran á veces entre ellos tribus é in-

(1) Baker, *Der Albert-Nianza* (deutsch von Martin), 3, 49, 52.

(2) Kœrner, *Südafrika*, (2) 258.

(3) Baker, *loc. cit.*, 58 y sig.

(4) Cf. Petry, *Anthropologie*, II, 68, 91, 92. Peschel, *Völkerkunde*, (1) 488. W. Humboldt, *Kawi-Sprache*, I, 18.

dividuos de una belleza sorprendente, <sup>(4)</sup> ¿cómo es posible aferrarse tan obstinadamente á esta opinión, ya en sí inverosímil, cuando tal hecho la desmiente? No, la fealdad, la dolencia, el desmedro, no son la obra de Dios, sino una prueba de que la humanidad ha decaído profundamente.

¿No podemos ver cada día entre los que nos rodean tales adulteraciones é impurezas? ¿Acaso necesitamos ir entre los salvajes para conocer de qué desfiguración es capaz el hombre por su culpa? Una visita á nuestros hospitales, á nuestras casas de asilo, á nuestros talleres y á nuestros establecimientos penales, basta, no sólo para satisfacer por completo la curiosidad, sino para decirnos también de dónde provienen estas deformidades. El pecado es el que profana, destruye, roe el cuerpo del hombre; el pecado es el que produce las figuras diabólicas trazadas por Hoffmann, según Callot Manier, y que Hogarth pintó con un tan horrible realismo, los criminales marcados con el sello del embrutecimiento, de la sensualidad bestial, del inhumano placer de la destrucción; el pecado es el que produjo los modelos que inducen á Zola hasta al empleo de la expresión *bestia humana*. ¿Quién no sabe lo profundamente que se imprimen en los rasgos fisonómicos la envidia, el odio, la inclinación á mentir, y la rapidez con que los desarreglos estragan el cuerpo más hermoso, haciéndole desconocido? ¿Quién negará que esta exterior deformación es muchas veces, no decimos siempre, resultado de una anterior decadencia interna? Naturalmente que esto no es razón para condenar á todo individuo que lleve en sí estos rasgos de fealdad ó dolencia, como señalado por Dios para sufrir el castigo de pecados personales. Pero lo que sí podemos y debemos afirmar es ser el pecado, si no el de los individuos, á lo menos el del género humano, el que ha dejado los indicios de su acción.

(1) Petry, *Anthropologie*, II, 77, 99. Peschel, *Völkerkunde*, (1) 497 y sig. Waitz-Gerland, *Anthropologie der Naturvölker*, (1872) VI, 18 y sig. Andree, *Abessinien*, (1869), 256; *Forschungsreisen in Arabien und Africa*, II, 28, 53 99, 194. Schauenbourg, *Reisen in Centralafrika*, II, 248, 264, 338, 447.

#### 4. El pecado como perturbación de la naturaleza.—

Quien vacile en creer que el pecado es un atentado cometido contra la naturaleza, no tiene más que indagar lo que ésta llega á ser por su influencia; el mal se venga de un modo terrible en su autor. Todo pecado, y aquí no hablamos sólo del pecado carnal, ataca la médula y la sangre, envenena los jugos y consume la fuerza vital, no sólo en los que lo han cometido, sino después en sus descendientes. ¡Cuántas veces los pecados de los padres son expiados por los hijos y los nietos con amargos dolores y enfermedades incurables!

No hay por tanto que extrañarse de que la humanidad decaiga cada vez más; cada generación añade nuevos crímenes á los excesos con que los antepasados envenenaron ya, y por anticipado consumieron, el vigor de sus descendientes. ¿Cómo no han de disminuir entonces las fuerzas de la humanidad y amenazar con desaparecer completamente?

Es cierto que con frecuencia exageramos acerca de esto; que cuando leemos las antiguas historias y sentimos que el ejemplo de las virtudes heroicas practicadas por nuestros antepasados conmueve el corazón y nos exhorta á mostrarnos dignos de ellos, gustamos demasiado de invocar nuestra debilidad como pretexto; aquéllos, decimos, tenían naturaleza más vigorosa y podían sufrir más; nosotros somos una raza degenerada y no podemos hacer lo que ellos hicieron. Mas en miles de casos la excusa es mala; hubo siempre fuertes y débiles y la mayor parte de las veces, ayer como hoy, los que más trabajaron han sido los que hubieron de arrancar á la debilidad y á la dolencia el fruto de sus trabajos. Siempre los héroes del espíritu y de la virtud salieron de entre hombres débiles, que supieron triunfar de sí mismos y mortificarse. Ya los antiguos creían que una fuerza atlética debía ahogar el espíritu; que era incapaz de virtud y de actos nobles, y semilla fecunda de malas acciones y deseos. Nadie, pues, tiene derecho á invocar esta excusa predilecta al no imitar con todas sus fuerzas la virtud de los antepasados.

Pero lo que no hay más remedio que admitir es que la generación actual dista mucho en vigor y longevidad de las que la precedieron. Tomada la humanidad en conjunto, ha decaído; sería difícil negar que sin cesar decae, y esto nadie dejará de comprenderlo.

¿En qué han venido á parar aquellos nombres gloriosos cuyos resplandecientes blasones sembraron en otro tiempo entre los infieles el terror, mandados por Federico Barbarroja en Iconio, por Villiers y La Vallette en Rodas y en Malta, por Hermann de Salza en Lituania y Prusia? La mayor parte de las veces no los conocemos, sino por la historia; en sus castillos vive otra generación incapaz de manejar la espada con que el barón antiguo hendía tan profundamente á los guerreros seljucidas. ¿Qué enemigo destruyó estas razas vigorosas? ¿Fue un tósigo extranjero el que corrompió esta sangre noble? ¿Fue el aire mortífero de la campiña romana lo que destruyó esta gigantesca fuerza? Sí, indudablemente un veneno, un enemigo hicieron esta ruina; una epidemia más contagiosa que el cólera, más desagradable que la lepra, más devastadora que la peste negra; el grosero vicio del Norte, la borrachera; el brillante vicio del Sur, el placer sensual; la lujuria, la pereza, la molicie, todo lo destruyeron. <sup>(1)</sup>

Mas los pecados que acabamos de citar no son siempre los más funestos al vigor de la vida; nos engañamos con frecuencia en este punto considerando á lo más el pecado sensual como el destructor de la naturaleza; hay pasiones que producen no menores estragos que estos desórdenes exteriores. Es innegable que la avaricia y la ambición muchas veces corroen más la naturaleza que el placer sensual y la intemperancia; un sólo arrebató de ira puede producir la muerte; el corazón late febrilmente, la lengua casi se paraliza, el rostro se arrebata, tiembla el cuerpo, la reflexión desaparece y sería difícil encontrar diferencia entre el colérico y el epiléptico. <sup>(2)</sup> Pero más destructora, más

(1) Lacordaire, *Œuvres* (Paris, 1861), II, 407 y sig.

(2) Gregor. Mag., *Moral.*, 5, 79. Sto. Tomás, 1, 2, q. 48, a. 2, 3.